

Sermon del glorioso Doctor San Agustin, sobre la fiesta sacratísima, y alegría inefable del Nacimiento de nuestro Redentor. Nos enseña como en esta fiesta divina hemos de prometer y pagar al Señor, apartándonos de los pecados, y siguiendo las virtudes.

Yo os ruego, muy amados hermanos míos, que recibais con alegre corazón todo lo que en este día dulcísimo, ayudándome el Señor, os diré: acordaos de que es tanta la magestad de este día que aun los infieles sienten en este día dolor de sus culpas: y el pecador se mueve á misericordia, y el penitente espera perdon: el cautivo espera verse en libertad, y el herido el remedio de su mal. Este en fin, es el día sacratísimo en que nace el Cordero que quita los pecados del mundo: en cuyo nacimiento, el justo siente mayor dulzura en su gozo, y el pecador despierta á mirar por sí con mayor atención que solia, el bueno ora con amor afectuoso, y el pecador suplica con mucha devoción: ¡ó dulce día, y verdaderamente dulce el que trae perdón para todos los pecadores! Prometoos, hijos míos, como cosa cierta que qualquiera que en este día sacratísimo se arrepintiere de buen corazón, y con tal firmeza que no vuelva á las primeras culpas, puede seguramente pedir la misericordia al Señor y no se le negará: tenga fé constante y no recaiga en el mal pasado. ¿Cómo puede ningun pecador desesperar en este día sacratísimo, en que se quita el pecado de todo el mundo? Pero es preciso que entendáis que tal ha de ser la penitencia: porque hallareis muchos que cada día y cada hora se confiesan pecadores, dicen que les pesa, y que quieren emendar su vida, y junto con esto les agrada el pecado: esto es promesa, mas no emienda: en los tales se acusa el alma, mas no sana; se pronuncia la culpa, mas no se quita: creedme que nunca hay

penitencia verdadera, sino quando con toda verdad se hallan en el alma el amor de Dios, y el aborrecimiento del pecado. Quando de tal manera te arrepientes, que te amarga en el corazón lo que solia serte dulce en tu modo de vivir, y lo que deleytaba á tu cuerpo ya con el verdadero dolor da pena á tu alma: estando en este estado con verdad puedes decir gimiendo delante de Dios: Señor á tí solo pequé, y en tu presencia hice el mal: con verdad digo que á tí solo pequé, porque ningun hombre hay sin pecado: y por esto á tí solo pequé, porque ninguno es sin pecado: concede, pues, Señor misericordia á mí miserable que te la pido, pues tanto tiempo me has esperado siendo yo pecador. Inclínate ahora Señor al remedio, la humildad del penitente, pues no te pudo mover el largo tiempo que viví en el pecado. Habla con las lágrimas de tu corazón, y dile: piedad inmensa, mira al desgraciado: misericordia publica, mira al que ha sido cruel: yo Señor vengo como hombre que no espera de otro alguno el remedio, á tí que eres Todo-poderoso: vengo como herido, á tí que eres verdadero Médico. Y pues tanto has dilatado y detenido el cuchillo de tu venganza sobre mí, guarda conmigo ahora la ley de tu misericordia, y con la muchedumbre de tus misericordias, quita la muchedumbre de mis miserias. Esta es, hijos míos, la verdadera penitencia, convertirse para nunca mas pervertirse, dolerse para nunca mas deleytarse en el pecado. Veamos, pues, hoy con la gracia del Señor, quienes serán los que tendrán esta emienda, y exercitando sus almas en virtudes, de tal manera se aprovecharán de lo que hoy les diré, que con doble virtud peleen contra los vicios que por sí son flacos. En la verdad esforzado es en pelear el que se vence á sí mismo: y los que han tenido muchas veces los ojos abiertos para oír vanidades dañosas, téngalos hoy por reverencia de Dios abiertos, para oír sus mandamientos y su doctrina: y los que tantas veces han tenido los

ojos abiertos para ver tinieblas vergonzosas, ábranos hoy para ver la luz que con su lumbre da vida, y los que tanto tiempo han tenido atravesado el corazon con el deleyte pestilencial de las culpas, hiéranle hoy con el amoroso y saludable cuchillo de la penitencia. Levante y ponga en pie la virtud á los que con los vicios tanto tiempo ha que están derribados por tierra. Tengan por bien sanar de la enfermedad del olfato, los que hasta hoy le han empleado en la hediondez de las culpas. Por último, suplico al Señor, que hoy abra los ojos de vuestro corazon, pues hoy tuvo por bien nacer por todos nosotros, para que con su gracia podais ver quán amargo será en el fuego eterno lo que en este momento de tiempo os parece con su engaño tan dulce; y conoceréis con qué pena tan triste y tan sin fin se ha de pagar este tan breve deleyte: pasa este sabor falso del mundo, y nos dexa muertos: pasa, y nos dexa heridos: nos dexa llenos de miserias, y huye: nos carga de desventuras, y desaparece. ¡O quán hermosa es la limpieza del alma! quán bienaventurada es la ciencia llena de virtudes y buenas obras! Si piensa que es feliz el que alcanza los placeres tristes del mundo, con ser cierto que brevemente los ha de perder, ¿qué alegría deberá sentir el alma que espera los del cielo para poseerlos sin fin? Si el que con tiranía manda en el mundo, se tiene por poderoso: ¿quánto mas poderoso y bienaventurado es el que trae á Dios dentro de su conciencia? Por tanto, dulcísimos, y amados hijos míos, toda vuestra codicia sea tener limpieza en el alma, y no se halle en ella sino amor de Dios y del próximo. Perdonad á los que os han ofendido, y el Señor os perdonará vuestras ofensas. Y los que os hallareis con la justicia en vuestras conciencias, guardaos de ofender á Dios, y Dios permanecerá en vosotros. Siendo como es verdad todo lo que hemos dicho, amados hermanos míos, me parece que teniendo el Señor por bien nacer hoy, y venir para nuestra redención,

será cosa muy justa que le presentemos de nuestra parte algunos votos, y los cumplamos conforme á lo que el gran Profeta nos enseña, diciendo: prometed y pagad lo que prometiereis á vuestro Señor Dios. Prometamos nosotros dulcemente con alegría y confianza, que el mismo Señor nos dará posibilidad para cumplir lo que prometiéremos: y aun la gracia para prometer nos ha de venir del mismo Señor. Preguntareis por ventura, qué es lo que hoy habeis de prometer y pagar. Porque son muy diversas las promesas que los hombres en este dia hacen á Dios: unos prometen alguna vestidura, otros aceyte, otros cera para que de noche se alumbré la Iglesia, otros prometen que estarán algunos años sin beber vino, otros prometen que ayunarán por cierto tiempo, otros que no comerán carne. Sabed pues, hermanos, que ninguno de estos votos es de los mas buenos y perfectos: otro voto mejor que ninguno de estos es el que yo quiero: porque Dios ni ha menester tu hermosura, ni tu aceyte, ni tu ayuno: mas lo que el Señor quiere de tí, es lo que hoy con su venida ha redimido, que es tu propia alma. Me dirá alguno, ¿cómo tengo yo de ofrecer á Dios mi alma, pues ya él la tiene en su poder? á esto respondo, que tú se la has de ofrecer viviendo santamente, con castidad en tus pensamientos, con fruto de buenas obras, apartándote del mal, siguiendo el bien, condenando los vicios, amando á Dios y al próximo: teniendo piedad con los pobres y miserables, acordándonos de quán pobres eramos todos nosotros ántes de nuestra redención, perdonando á los que contra nosotros pecan, porque todos nosotros algun dia hemos sido esclavos del pecado: poniendo debaxo de nuestros pies la soberbia, pues sabemos que el primer hombre fué derribado por la soberbia: arrojando de nosotros la envidia, pues no ignoramos que por la envidia engañó el demonio al linage humano. Siendo lo que os he dicho tanta verdad como lo es, levantad vuestros corazones de modo que

no quede hombre libre, ó siervo, noble, ó plebeyo que hoy no ofrezca este voto al Señor, y juntamente le cumpla: porque sería una gran miseria nuestra que hoy no ofreciesemos algo al Señor de lo que es nuestro propio: viendo como él puso su vida por nosotros, y siendo eterno y sin principio, se hizo por nuestra reparación, temporal, tomando nuestra humanidad. Pues viendo esto, por reverencia del Señor, aquel que tiene ira, ó rencor con su próximo le deponga, y haciendo esto ofrece voto: el que ha estado revolcándose en la hediondez de la sensualidad con larga y envejecida costumbre despierte ya, pues es tiempo, y sacudiendo de sí este polvo que le ciega, hiera su corazón con dolor, y vuelto al Señor diga así: Señor piadoso, Dios lleno de misericordia, baste ya el tiempo que te he ofendido: baste ya que hasta el día de hoy yo te he menospreciado, yo he cumplido con la torpeza hedionda de mi carne: ahora, Señor, valiéndome de tu santa inspiración, yo prometo apartarme de mi maldad, y volverme á tí, mi Dios y Señor. El que así lo dixere y hiciere, puede decir que ofreció voto. El que se sintiere enredado en la envidia, teniendo placer del mal de sus próximos y pesar del bien, lo que es un pecado que llega hasta dar la muerte, prometa en sí que dexará todo el veneno de su corazón, y pensará en amar al próximo, y haciendo esto ya ofreció voto. Si dentro de su conciencia trae algun homicidio cometido por obra, ó por deseo, él mismo se dé la penitencia: vénguese con el dolor de su propia culpa, determine alguna especie de castigo en sí mismo: castíguese con tal penitencia delante de Dios, que pueda esperar misericordia: y con mucha humildad y abstinencia, desee tanta aflicción, que baste á lavar el alma de la ponzoña que hay en ella, por la sangre del próximo derramada por obra, ó por deseo. Y de lo contrario no sea tan atrevido que se llegue á recibir el Cuerpo Sacratísimo del Señor, teniendo el alma llena de pecados.

Quan-

Quando fuere tal la disposición de su conciencia, que pueda hacerlo así, haga cuenta que ha ofrecido voto. El que estuviere acostumbrado, como muchos, á murmurar de sus próximos, mirando siempre las culpas ajenas y nunca las suyas, prometa á Dios diciendo dentro de su corazón: Señor, yo he acostumbrado á decir mal de los otros, y no miraba mis culpas: y estando mas lleno de torpezas que todos los del mundo, solo veía las miserias de los otros: perdóname, Señor, lo que hasta aquí con mi lengua he pecado, que de hoy mas ofrezco la emienda de todo: el que esto hiciere ofrece voto. Y el que en sí sintiere espíritu de crueldad, ofrezca que tendrá misericordia con el próximo: y el soberbio prometa humildad: el destemplado en comer y beber, prometa templanza: el que hubiere ofendido á los mayores que él, á quienes debe la obediencia, pídales perdón: y si no le supiere pedir, es razón que el tal superior le perdone. Quando hubieréis cumplido estas cosas, muy amados hermanos míos, estad ciertos de que habeis ofrecido voto acepto al Señor, y correspondéis al que tantas mercedes os ha hecho. Podeis tener por cierta la bendición que despues de esto os vendrá, siendo vuestros votos presentados ante el tribunal de su Magestad, y aun aceptados. Y como el sabio dixo, vuestra memoria no será puesta en olvido, antes se dirá de vosotros: mirad que el pueblo que yo gané con mi sangre, me ha llenado de votos, y me ha ofrecido muchos buenos olores; por tanto yo seré como su Señor, y ellos me serán como mi pueblo, y nunca mas se verán cautivos ni desamparados. Pensemos, pues, quán dulce cosa y quán gloriosa será para nosotros, quando los Angeles bienaventurados de nuestra guarda presenten ante Dios nuestros votos, quales arriba los hemos declarado. Si á un hombre mortal hacemos acá en la tierra algun presente que le agrade, siempre estamos con esperanza de que nos será agradecido: ¿pues quánto es mas justo que

la

la tengamos en Dios? Alegrémonos, pues, y gozémonos en el Señor con lágrimas de alegría y devoción, acordándonos de la grandeza que hoy con nosotros obra, y de la triste cautividad en que estábamos. El que por verse poderoso se levanta á la soberbia, ponga delante de sus ojos la profundísima humildad de Christo: sino serán contra él las palabras del sabio. O tierra y ceniza: ¿de qué te ensoberbeces? quando viéremos alguno puesto en miseria, necesidad ó pobreza, acordémonos de Dios. Quando viéremos algun cautivo, acordémonos de quán copiosa fué nuestra redención. Quando la sugestión engañosa nos hiciere presente algun pecado, acordémonos de que por la misericordia de Dios nuestros pecados son ya perdonados. No perdamos el beneficio admirable que la preciosa Sangre de nuestro Redentor nos ha traído: no volvamos á manchar la estola de la inocencia que tiene nuestra alma, con la vileza de la avaricia, ó de la sensualidad. Acordémonos de que estábamos por tierra, y el Señor nos ha levantado; de que estábamos heridos, y nos ha sanado: y ninguno se puede excusar con decir, el diablo me engañó, el diablo me precisó: porque todas sus fuerzas, solo pueden convidarnos al mal, representarnos los placeres engañosos, mas no alcanza á obligarnos: podrán aconsejarnos con el pensamiento, mas no luchar con nosotros para que lo pongamos por obra. Y pues en esta sacratísima fiesta celebramos el parto purísimo de la Virgen y Madre: quiero hablar con las vírgenes, así hombres, como mugeres: hablaré tambien con las viudas, y con todos los penitentes, pobres ó ricos, siervos ó señores: porque delante de la divina Magestad, no hay otra diferencia, sino la de las obras; en lo demas, todos son unos. Oidme, pues, todos quantos por la merced de Dios poseéis un don tan alto y excelente, como es el de la virginidad, y mirad que hablo con todos, hombres y mugeres: oidme, pues, y el que conoce tener en su cuerpo este

bien

bien que he dicho, procure tenerle tambien en el alma y de tal manera se alegre de verse virgen en el cuerpo, que de esto no le venga daño al alma, y gózese de este don tan precioso que Jesu-Christo le ha dado, con tal concierto, que su gozo esté lleno de humildad, y mezclado con lágrimas de piedad: dé gracias al Señor de que le hace merced de una limpieza y felicidad tan grande, que pueda seguir al Cordero sin mancilla adonde quiera que fuere; y esto será así, segun la doctrina del Apocalypsi, si en su boca jamas se hallare mentira; suplique á Dios que le dé perseverancia en esta perfeccion hasta el fin, de tal manera, que los placeres del mundo, los engaños y envidia del diablo, no le puedan hurtar tan precioso don, ni le puedan anublar tan grande claridad, ni escurecer tan grande resplandor. Procure defenderle con gran fortaleza, y no pierda cosa, que no tiene reparacion despues de perdida, no pierda por un momento de delectacion, una hermosura tan grande de su cuerpo, ni consienta una fealdad tan torpe en su alma, por la codicia de una tan breve y vana figuracion; en fin no se dexé vencer de una flaqueza tan baxa. Si el que este bien alcanza me creyere, permanecerá con él, y si no él sentirá un daño que no tiene reparacion. Tambien quiero hablar con los que sois casados, y lo primero que os amonesto, es que vivais castamente; y acordaos de que la gloriosa Isabel que tan largos años habia vivido castamente con su marido, y ambos delante del Señor habian guardado entera fidelidad, merecieron al tiempo y edad en que se contaban por muertos tener un hijo, que con su santidad honrase á sus padres, y con su predicacion convirtiese muchas gentes. Asimismo vuelvo á hablar con vosotras las viudas: guardad con perfecta castidad vuestra viudez, no seais parleras, ántes esperad con silencio santo al Señor que prometió recibir al huérfano y la viuda. La viuda que el Señor recibe, es la que siempre se ocupa en orar, hacer limosnas, y guardar perfecta humildad, y si no

Tom. I.

L

tie-

tiene facultad para hacer limosnas, á lo ménos esté siempre aparejada su voluntad con caridad y limpios pensamientos; y en fin digo en especial á todas las mugeres, no seais maldicientes, ni juradoras, ni prontas para hablar. ¿Acaso me direis que soy muy pesado é importuno en esto que os digo? Sabed que no puedo callar lo que os digo, y mas temo al que me manda hablar, que no al que se queja de lo que digo. Y el que conoce que se halla con culpa emiéndose luego, y el que no se halla en culpa guarde estos consejos, para los que conociere que los han menester. Con los que teneis en la Santa Iglesia estado de penitentes, quiero tambien hablar, amonestandoos de parte del Señor, que para que recibais fruto de vuestra penitencia, es menester que persevereis en ella con lágrimas y dolor de corazon, y que lloréis sabiamente; y si me preguntais qué cosa es sabiamente llorar, es no llorar pidiendo á Dios bienes temporales, sino perdon de vuestros pecados, y el premio de la bienaventuranza: el que así llora, sabiamente llora, tales lágrimas como estas no caen en tierra, ántes se cumple en ellas lo que el Señor nos prometió por boca del Profeta Real, diciendo: pusiste Señor mis lágrimas delante de tus ojos. Ya es razon de que sepais amar á Dios, y de que hayais pasado del temor al puro amor, segun nos testifica el Santo Evangelio que hizo aquella muger pecadora, de la qual se escribe, á la que mucho es perdonado mucho ama. Mucho, pues, debeis todos amar al Señor que ha tenido por bien traheros á estado de verdadera penitencia, esperando con paciencia vuestra emienda, y no castigando con rigor vuestras culpas. Con vosotros pobres que vais mendigando por las puertas, y vivis con las limosnas que los Christianos os dan, quiero tambien hablar: y digo que os consoleis, y otra vez digo que os consoleis, porque vuestra tristeza será convertida en gozo, y vuestro dolor se mudará en alegría. Pero es preciso que tengais paciencia con la

pobreza, y no os enojeis, ni os parezca grave el mendigar, ni os quejeis en vuestro corazon de Dios, como si os hiciera agravio; porque sin ninguna duda es justo y piadoso en todas sus obras, y si permitió que sufrieseis en la tierra esta breve pena de la pobreza, fué para daros las riquezas eternas en el cielo; y al rico dió las riquezas, para que socorriendo con ellas la necesidad del pobre, mereciese alcanzar perdon de sus pecados, y pasar á las del cielo; por tanto los pobres tened paciencia, y esperanza en el Señor. Quiero tambien hablar con vosotros los que estais en servicio de los Señores del mundo, sean estos los que fueren, es justo que les tengais obediencia, y que los ameis, no con muestras fingidas de amor, sino que dentro del corazon tengais lo mismo que por fuera les mostrais; porque Dios los ha puesto en aquel grado, superiores á vosotros, para que ellos os manden, y vosotros les sirvais, y juntad con el buen servicio la intencion sana para con Dios, que sin duda no os faltará la paga de su parte; y si vosotros sois buenos, tambien lo seréis en el servicio de los señores malos, porque las almas de los hombres, en la estimacion de Dios no se diferencian por la nobleza, sino por las obras, ni por el linage de que vienen, sino por las obras que hacen. Con todos he querido hablar hoy, porque el Señor nació hoy por todos, y despues murió por todos; por tanto, amados hermanos míos, guardad bien lo que os he dicho, porque yo goze del fruto que se cogiere de vosotros, y al fin todos seais puestos en los graneros soberanos por manos del Señor que vive y reyna para siempre jamas. Amen.

que el Señor nació hoy por todos, y despues murió por todos; por tanto, amados hermanos míos, guardad bien lo que os he dicho, porque yo goze del fruto que se cogiere de vosotros, y al fin todos seais puestos en los graneros soberanos por manos del Señor que vive y reyna para siempre jamas. Amen.

Homilía del glorioso Doctor San Gregorio Papa, sobre el Evangelio que se canta en la noche sacratísima del Nacimiento de nuestro Redentor Jesu-Christo, el qual escribe San Lucas, cap. 2. v. 1. y comienza así: *salió un mandamiento de César Augusto, para que todo el mundo se escribiese, &c.*

Porque hoy ayudándonos la gracia del Señor, hemos de celebrar los misterios sacratísimos de la Misa tres veces, no podremos hablar muy largo sobre la lección del Evangelio que habeis oido; pero la fiesta solemnísima del Nacimiento de nuestro Redentor nos obliga á que digamos alguna cosa de ella aunque sea con brevedad. Haberse escrito y empadronado todo el mundo en el Nacimiento de este Señor, no es otra cosa, sino declararnos que se nos mostraba visible en nuestra humanidad aquel Príncipe Soberano que habia de escribir sus escogidos en la eternidad. Y por el contrario está escrito contra los malos por el Profeta que dice: sean rayados del libro de los que viven, y no sean escritos con los justos. Fué cosa conveniente que el Señor naciese en Belen, porque Belen quiere decir casa de pan, y el mismo Señor hablando de sí, dice: yo soy pan vivo que descendí del cielo; fué, pues, mucho ántes llamado casa de pan aquel lugar donde el Señor nació, porque así habia de ser, que en aquel lugar se mostrase visible en nuestra humanidad, el que habia de saciar las almas de sus escogidos con vianda invisible. No fué su voluntad nacer en la casa de sus padres, nació en medio del camino público, para enseñarnos, que nacia en lugar ageno, en aquella humanidad sacratísima, que tomaba por nosotros; quando digo que aquel lugar era ageno, no entendais que era ageno de su poder, siendo el Señor de todo el mundo; sino segun su naturaleza humana, en la que se mos-

tra-

traba hombre pobre. Porque señalándonos su poder el glorioso Evangelista San Juan dixo: vino en lo que era suyo propio, porque nació en su propia naturaleza sin principio, y ántes de todos los tiempos, y vino en la nuestra en tiempo. Diremos, pues, que el Señor que permaneciendo eterno, se nos mostró temporal, descendió en lugar ageno; y pues el Profeta Isaías dice, que toda carne es heno: este Rey Soberano hecho hombre convirtió nuestro heno en trigo muy precioso, y hablando de sí mismo á este proposito, dixo: si el grano de trigo cayendo en la tierra no muere, se quedará solo; y siendo nacido se abatió en sí mismo, para saciar con el trigo de su carne sacratísima á todos los fieles católicos, que con razon se pueden llamar animales santos, para que no quedasen ayunos del pasto del entendimiento, secreto y espiritual. Preguntareis por ventura, ¿qué significa el que el Angel apareció á los pastores que velaban, y la claridad de Dios los rodeó con grande resplandor? Esto fué avisarnos que son dignos de gozar los misterios soberanos, los que con el cuidado y solicitud debida acostumbran á velar sobre la grey fiel que les está encomendada, y velando ellos con la piedad que deben sobre su rebaño, resplandece sobre ellos la gracia del Señor mas copiosamente. Un Angel es el que les anuncia que el Rey de la gloria habia nacido, y lo confirman muchos coros de Angeles cantando juntamente con él, y todos con una alegría conforme, dicen: gloria sea á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Antes que el Redentor del mundo se manifestase en nuestra carne, era grande la discordia que habia entre nosotros y los Angeles; de los cuales estabamos muy léjos, así por la culpa de nuestros primeros padres, como tambien por las nuestras. Y porque el pecado nos hacia extraños de Dios, tambien los Angeles sus ciudadanos nos tenian por extraños y apartados de su compañía. Pero despues que nosotros

co-

conocimos á nuestro verdadero Rey, los ciudadanos del cielo nos conociéron por sus compañeros; y por quanto el Rey del cielo tomó la tierra de nuestra carne, la compañía soberana de los Angeles no menosprecia ya nuestra flaqueza; vuelven con nosotros á la paz los Angeles, olvidados de toda la discordia que tenían; y no se desdennan ya de honrar y de tener por compañeros á los que primero menospreciaban por flacos y de baja condicion. Esto se confirma en lo que vemos en Lot y Josué, los quales adoraron á los Angeles, y los Angeles admitieron la adoracion: despues leemos en el Apocalypsi que el glorioso San Juan quiso adorar á un Angel, pero el Angel no lo consintió, diciendo: no hagas tal cosa, porque yo soy siervo del Señor juntamente contigo, y con tus hermanos; es decir que ántes de la venida del Señor, los Angeles son adorados de los hombres, y lo consienten, y despues de su Sacratísima Encarnacion, no lo consienten ni permiten. Ya no es otra la causa, sino que despues que ven tan soberanamente ensalzada sobre todos ellos nuestra naturaleza, que ántes tenían menospreciada, ahora temen y se admiran de verla humillada ante el Eterno Padre. No osan ya menospreciarla como á flaca y vil, viendo que la adoran con todo acatamiento en su Rey y Señor, y no se desdennan de tener al hombre por compañero, pues le adoran hombre y Dios. Visto esto, muy amados hermanos míos, pongamos grande diligencia en la limpieza de nuestra alma, acordándonos de que en la presencia divina somos ciudadanos de Dios é iguales con los Angeles. Sean tales nuestras obras que con ellas recobremos nuestra dignidad, no consintamos en nuestra alma mancha alguna de la sensualidad, no nazca en nuestro corazon pensamiento torpe que nos pueda acusar, no haya dentro de nosotros malicia, odio, ni rencor, no consintamos que nos consuma la envidia; no nos hinche la vanagloria; no nos despedace la ambicion falsa de las cosas del mundo; no nos encienda

la

la ira, acordémonos de que los hombres son llamados dioses. Defiende, pues, hombre la honra de Dios, tomando armas contra todos los vicios, acordándote sobre todo de que por tí hoy se hizo Dios hombre que vive y reyna para siempre jamas. Amen.

Síguese una Homilía devotísima del venerable Beda, Presbítero, sobre el mismo Evangelio, y al mismo propósito.

Muy amados hermanos míos, en la leccion del Santo Evangelio, hemos oido que habiendo de nacer en el mundo el Redentor del mundo Jesu-Christo, verdadero Dios y Señor nuestro, se publicó un mandamiento general, de parte del Emperador César Augusto, que en aquella sazón tenía la monarquía del mundo, y mandaba que todos los del mundo se escribiesen y registrasen sus nombres. Y no penseis que esto sucedió acaso, ántes habeis de creer que por certísima providencia del mismo Señor que venia, estaba prometido que así habia de ser: porque Christo mediador entre Dios y los hombres, así como sin principio tuvo en su soberana Providencia elegida la Reyna Sacratísima, que queria por Madre, para nacer de ella hombre verdadero; así tuvo elegido el tiempo de su bienaventurado Nacimiento, quando su Magestad determinó, ó por mejor decir el mismo Señor dispuso el tiempo como á él le placía que fuese. Y fué de tal condicion este tiempo glorioso, que siendo apagados todos los fuegos de la guerra, y discordia, reynaba una nueva tranquilidad de paz universal por todo el mundo. ¿Qué mayor prueba se puede pedir de la paz universal que ver todo el mundo concorde debaxo de la obediencia de un solo hombre, y todos puestos baxo un mismo tributo? Eligió, pues, la Madre Virgen, porque el Hijo de Dios no habia de tomar carne humana, sino de mu-

mu-